

## LIBRO TREINTA Y SIETE.

### El divorcio.

Cómo marchan las negociaciones en Altenburgo.—Napoleon hubiera deseado quedasen separadas las tres coronas de la casa de Austria ó se refundiesen en la del duque de Wurzburg. —No queriendo sostener otra campaña mas por conseguir este objeto, se contenta con adquirir mas territorio en Italia, Baviera y Polonia.—Resistencia por parte del Austria á los sacrificios que le piden.—Lentitud calculada de Mr. de Metternich y del general Nugent, plenipotenciarios austriacos.—Trátase de dar un paso directo con Napoleon, enviándole Mr. de Bubna con una carta del emperador Francisco.—Trasládanse á Viena las negociaciones de Altenburgo.—Ultimos debates: se firma la paz el dia 14 de octubre de 1809.—Astucia de Napoleon para asegurar la ratificación del tratado.—Orden de evacuar á Austria, y enviar á España todas las fuerzas disponibles de resultas de la paz.—Intentan asesinarle en la corte del palacio de Schenbrunn.—Su regreso á Francia.—Asuntos eclesiásticos durante los sucesos militares y políticos del año 1809.—Situacion intolerable del papa en Roma con las tropas francesas.—Para que cese, da Napoleon el decreto del 17 de mayo, reuniendo al imperio francés los estados de la Santa Sede.—Bula de excomunion fulminada en contestacion á ese decreto.—Prision del papa y su traslacion á Savona.—Estado de los ánimos en Francia á consecuencia

de los sucesos políticos y religiosos de aquel año.—Profunda alteracion en la opinion pública.—Llegada de Napoleon á Fontainebleau.—Su estancia allí, y su nuevo modo de portarse.—Reunion en París de príncipes, ya parientes ya aliados.—Vuelta de Napoleon á París.—Durante los últimos acontecimientos madura en su cabeza la resolucion de divorciarse.—Confía esta resolucion al archicanciller Cambaceres y á Champagny, ministro de relaciones esteriore.—Napoleon llama á París al príncipe Eugenio, para que éste prepare á su madre para el divorcio, y solicita la mano de la gran duquesa Ana, hermana del emperador Alejandro.—Llegada á París del príncipe Eugenio.—Sentimiento y resignacion de Josefina.—Formas adoptadas para el divorcio y consumacion de este acto el dia 15 de diciembre.—Retírase Josefina á la Malmaison y Napoleon á Trianon.—Acogida hecha en San Petersburgo á la petición de Napoleon.—El emperador Alejandro consiente en conceder su hermana, pero quiere que á esa union vaya unido un tratado contra el restablecimiento eventual de Polonia.—Lentitud calculada de la Rusia é impaciencia de Napoleon.—Secretas comunicaciones por las que se sabe el deseo del Austria de dar á Napoleon una archiduquesa.—Consejo de los grandes del imperio en que se discute la eleccion de esposa.—Cansado de la lentitud de Rusia, Napoleon rompe sus relaciones con ella, y se decide repentinamente á casarse con una archiduquesa de Austria.—Firma el mismo dia, siendo intermediario el príncipe de Schwarzenberg, su contrato de matrimonio con Maria Luisa, copiado del de Maria Antonieta.—Envía á Viena el príncipe Berthier para que pida oficialmente la mano de la archiduquesa.—Acoge con afan su petición la corte de Austria.—Matrimonio celebrado en Viena el 11 de marzo.—Matrimonio celebrado en París el 2 de abril.—Cambio momentáneo de la opinion pública en favor de Napoleon, y últimas ilusiones de Francia sobre la duracion del reinado imperial.

Lo que mas le interesaba á Napoleon en el suceso de Valcheren, era la influencia que esta espedicion iba á causar sobre las negociaciones de Altenburgo. El tiempo trascurrido desde la tregua de Znaim lo habia empleado en poner el ejército de Alemania en el estado mas floreciente, á fin de poder aniquilar á los austriacos sino le convenian las condiciones de la paz propuesta. Su ejército, acampado en Krems, Znaim, Brünn, Viena, Presburgo,

Oedenburgo y Gratz, bien alimentado, bien descansado, cubiertas ampliamente las bajas con la llegada y disolución de las semi-brigadas, remontada la caballería, y provisto de una artillería numerosa y soberbia, era superior á lo que había sido en ninguna época de la campaña. Napoleón había formado á las órdenes del general Junot, con las guarniciones que quedaron en Prusia, algunas semi-brigadas confiadas al general Rivaud, las reservas reunidas en Augsburgo, los regimientos provisionales de dragones, y algunos wurtembergenses y bávaros, un ejército de treinta mil infantes y cinco mil caballos para vigilar la Suabia, la Franconia y la Sajonia, é impedir las correrías ora del duque de Brunswick-Oels, ora del general Kienmayer. El mariscal Lefebvre con los bávaros hacía la guerra en el Tirol; y por último, quedaba el nuevo ejército de Amberes, cuyo número y valía se exageraba mucho, pero que no por eso dejaba de ser una fuerza mas añadida á todas las que poseía ya. Hallábase, pues, en situación de tratar ventajosamente con una potencia que por mas esfuerzos que hacía por su parte para reorganizar sus tropas, no se encontraba en estado de levantarse de su postración. No obstante, á pesar de los inmensos recursos de que disponía Napoleón, quería la paz, y la quería con sinceridad por motivos excelentes.

Lisonjeándose al principio de la guerra destruiría al Austria al primer golpe, y olvidando demasiado la magnitud de los medios que aquella había preparado, se sorprendió Napoleón de la resistencia que encontraba, y aunque nunca decayó la confianza que tenía en sí propio, creyó algo me-

nos en la facilidad de derribar la casa de Habsburgo. No pensando ya absolutamente, ó casi no pensando, en destruirla, la guerra no tenía objeto para él, pues habiendo como había quitado á dicha potencia los Estados venecianos y el Tirol en 1805, nada tenía que desmembrar para sí. Arrebatar todavía al emperador de Austria dos ó tres millones de habitantes para reforzar el ducado de Varsovia hacia la Galicia, Sajonia hacia Bohemia, Baviera hacia el Austria Alta, é Italia hacia la Carniola, no era tan interesante que valiese otra campaña, por muy brillante que pudiera ser. Lo que hubiera satisfecho todos sus deseos, era separar las tres coronas de Austria, Bohemia y Hungría, dispersarlas sobre cabezas austriacas ó alemanas, rebajar de este modo para siempre la antigua casa de Austria, ó bien hacer que abdicara el emperador Francisco, enemigo irreconciliable, para reemplazarle con su hermano el duque de Wurzburg, que había ido siendo soberano de Toscana, Salzburgo y Wurzburg, príncipe amable é ilustrado, amigo en otro tiempo del general del ejército de Italia, y hoy amigo tambien del emperador de los franceses. En este caso no hubiera exigido Napoleón ni un solo sacrificio de territorio, satisfecho su orgullo con destituir á un emperador que le había faltado á la palabra, y tranquilizada su política al ver ocupado el trono de Austria por un príncipe con cuya adhesión contaba.

Empero separar las tres coronas, era destruir la casa de Austria, y para ello se necesitaba todavía dar dos ó tres batallas terribles, que Napoleón tenía grandes probabilidades de ganar, mas que acaso suscitarían un levantamiento general en la Europa

desesperada, sin exceptuar Rusia, alarmada y disgustada con nuestra alianza. En cuanto á variar de príncipe, no era fácil conseguir que el emperador Francisco cediese su puesto al duque de Wurzburg, aunque se decía no le gustaba reinar. Por otra parte, no era decente hacer semejante proposición, siendo preciso que esa idea ocurriese á los mismos austriacos, con la esperanza de aborrarse sacrificios de territorio. Así el segundo plan presentaba tan pocas probabilidades como el primero. El único proyecto hacedero en aquel momento era debilitar al Austria en Galicia en provecho del gran ducado de Varsovia, en Bohemia en beneficio de Sajonia, en el Austria Alta en favor de Baviera, y en Carintia y Carniola para crearse una ancha continuidad de territorio de Italia á Dalmacia, y abrirse camino por tierra hácia el imperio turco. Napoleón resolvió, pues, pedir lo mas que pudiera bajo este aspecto, y aun pedir mas de lo que aspiraba á conseguir, á fin de cobrarse en dinero la porción de sus pedidos de que se desprendería al fin de la negociación. Si encontraba á la corte de Viena demasiado rebelde, demasiado altanera, demasiado confiada todavía en sus fuerzas, entonces se decidiría á darle el golpe de gracia, volviendo á sus proyectos primitivos de destrucción, pensara lo que pensara la Europa entera, inclusa Rusia.

Respecto á esta última potencia, Napoleón se proponía seguir mostrándose amistoso, observar la conducta propia de un aliado, pero sin ocultarle había advertido la tibieza de su celo durante la última guerra, y que no contaba ya con ella para los casos difíciles. Seguro por otra parte de que no estaba dispuesta á volver á entrar en guerra con

Francia, y creyendo no se espondría á ella por mejorar la suerte de Austria, no quería desafiarla sino hasta donde fuese preciso para debilitar suficientemente el poderío de Austria, y privar á Inglaterra para siempre de esa aliada. Sin embargo, como siempre se mostraba pronto á tomar resoluciones extremas, estaba determinado, si las dificultades de las negociaciones le hacían luchar por última vez con el Austria, á aventurarlo todo con cualquiera que fuese, á fin de cerrar cuanto antes esa larga carrera de hostilidades que le había valido la gigantesca estension de su ambición. En su consecuencia, después de haber guardado un prolongado y aun desdenoso silencio con Alejandro, le escribió participándole sus triunfos, anunciándole había dado principio á las negociaciones con Austria, é invitándole á que enviase á Altenburgo un plenipotenciario provisto de instrucciones relativas á las condiciones de paz. Sin indicar por lo demás ninguna de las condiciones de esta paz, pidió fuese el sugeto que enviase en clase de negociador amigo de la alianza, de esa alianza que ya había proporcionado á Rusia la Finlandia, y le prometía la Moldavia y la Valaquia. Accediera ó no Alejandro á esta proposición, enviara ó no un negociador á Altenburgo, Napoleón veía en ello tantas ventajas como inconvenientes, pues si un negociador ruso podía complicar la negociación, también, obligado á caminar de acuerdo con los franceses, volvería á comprometer otra vez á su corte contra el Austria, si debían volver á empezar las hostilidades.

Tales eran, pues, las disposiciones de Napoleón cuando se abrieron las conferencias para la

paz: tenia , segun acabamos de decirlo , deseo de acabar de una vez , é intencion de pedir mucho mas de lo que queria , á fin de cobrarse la diferencia en contribuciones de guerra , lo cual era bastante justo , habiendo como habian sido enormes los gastos de aquella campaña.

En su consecuencia , Mr. de Champagny marchó á Altenburgo , poblacion pequeña situada entre Raab y Comorn , á unas cuantas leguas del castillo de Dotis , a donde se retiró el emperador Francisco despues de la batalla de Wagram. Mr. de Champagny tenia encargo de sentar por base de negociacion el *uti possidetis* , es decir , el abandono en manos de Francia del territorio que ocupaban nuestros ejércitos , dejando que Austria escogiera en lo que ocupabamos lo que le conviniese , para reemplazarlo con concesiones equivalentes. Asi nosotros teniamos Viena y Brünn , y como era evidente que no podiamos guardar estos puntos , en el sistema del *uti possidetis* , Austria cederia en Bohemia , Galicia é Iliria tanto territorio y poblacion como se le restituyera en el centro de la monarquia. Al mismo tiempo que se le ofrecia esta facilidad en el reparto de los sacrificios se le pedia cerca de nueve millones de habitantes , es decir , mas de la tercera parte de sus estados , lo cual equivalia á destruirla ; pero esto no era mas que para entablar las conferencias.

Abriéronse las negociaciones cuando principiaba á saberse en Austria que la expedicion de Wálcheren tendria poco éxito ; y naturalmente se arrastraron perezosamente hasta el dia que se supo de un modo definitivo que aquella expedicion no produciria otro resultado que hacer perder á la Ingla-

terra algunos miles de soldados y muchos millones , y proporcionar á Napoleon un ejército mas. El emperador Francisco , obligado por la pérdida de la batalla de Wagram , el riesgo que corrió su ejército en Znaïm , y la desmoralizacion de todos los gefes militares , obligado , decimos , mal su grado , á entrar en tratos , habia encargado á Mr. de Metternich , su embajador en Paris , que negociara con Mr. de Champagny aprovechando relaciones ya establecidas , Mr. de Metternich debia reemplazar en la direccion de los negocios á Mr. de Stadion , constituido en representante de la política de guerra , no tanto por impulso propio como por el de su hermano , sacerdote apasionado y fogoso , y que habia conocido despues de la batalla de Wagram tenia por necesidad que presentar su dimision , para ceder el puesto á los partidarios de la política de paz. Sin embargo , Mr. de Metternich no habia consentido en suceder en el ministerio á Stadion , sino cuando las dos potencias hubieran optado formalmente entre la paz y la guerra , por medio de un tratado definitivo. Hasta entonces , Mr. de Stadion tenia que permanecer con el ejército en las cercanias de Olmutz , y desempeñar el ministerio interinamente. El emperador habia ido á residir en Dotis , castillo de Hungría , y Mr. de Metternich , para quien la paz debia ser un triunfo asegurándole la entrada al gabinete , habia aceptado la comision de negociar en Altenburgo. Agregáronle Mr. de Nugent , gefe de estado mayor del ejército austriaco , para todos los pormenores militares , y para discutir los puntos relativos al trazado de las fronteras. Por lo demas , mientras se negociaba , tambien procuraban , co-

mo lo hacia Napoleon escitar el celo de las provincias que conservaba aun la monarquía, cubrir las bajas del ejército, y construir material.

Verificáronse las primeras conferencias á fines de agosto, mas de un mes despues del combate de Znaim y de haber firmado la tregua: tanto tiempo fué menester para reunir los plenipotenciarios y darles instrucciones. Habíase consentido facilmente en esta prolongacion de la tregua, la cual solo debia durar un mes, porque ninguno tenia prisa; Napoleon porque vivia á costa del Austria y esperaba refuerzos, y el Austria porque aunque pagaba el costo de nuestra estancia, queria rehacer sus fuerzas, y saber el resultado de la expedicion de Walcheren. Entre tanto queria mas que nada que los negociadores franceses se esplicasen sobre la verdadera estension de sus pretensiones.

Desde luego se mostró Mr. de Champagny afable y tranquilo, como acostumbraba serlo; pero envanecido con el soberano á quien representaba; Mr. de Nugent, taciturno, quisquilloso y ofendido, como debia estarlo en su orgullo de militar; y Mr. de Metternich, frio, astuto bajo formas dogmáticas, racionando largamente, y tratando, como convenia al papel que desempeñaba, de reparar las salidas de tono del que le habian dado por compañero (1). Al cabo de algun tiempo sucedió un principio de confianza á la mortificacion de los primeros dias; Mr. de Nugent se presentó con menos

(1) No necesito repetir de nuevo que amante solamente de la verdad y no de las pinturas al capricho, he tomado de las correspondencias íntimas de Napoleon, Champagny, Maret y Caulaincourt, la relacion exacta de esta curiosa negociacion.

acritud, Mr. de Metternich apareció menos formalista, y Mr. de Champagny, que variaba poco, permaneció como antes, es decir, terminante; no porque tal fuese su carácter, sino por el de las instrucciones que tenia. Mr. de Metternich dijo habia dos modos de concebir la paz, uno amplio, generoso, fecundo en resultados, que consistia en volver á Austria todas las provincias que le acabábamos de quitar, dejarla tal como estaba antes de las hostilidades; que entonces, agradecida á semejante proceder, abriria los brazos á quien se los hubiese tendido á ella y se convertiria para Francia en una aliada mucho mas segura que la Rusia, porque no era tan voltaria como ella, y á lo menos tan poderosa, como habíamos podido conocer en las últimas batallas; que semejante resultado valia mas que una nueva dislocacion de territorio en provecho de unos aliados ingratos, impotentes é insaciables, tales como Baviera, Wurtemberg y Sajonia, que nos empujaban á la guerra para enriquecerse, y que no valian lo que costaban. Mr. de Metternich dijo que habia ese medio de concebir la paz, y ademas otro, mezquino dificil, poco seguro, cruel para aquel á quien se arrancasen nuevos sacrificios, y poco provechoso para el que los obtuviese; que tras de él vendria el disgusto de los unos respecto á los otros, y el sacrificado se resignaria á la paz mientras no pudiese volver á emprender la guerra; que ese medio de tratar, consistente en cómputos de territorio, era un verdadero mercado; que si era esto lo que preferiamos, como lo temia en gran manera, debíamos decir lo que queríamos, y hablar primero que ellos, porque al fin no le tocaba á Austria despojarse á sí propia.

Mr. de Champagny respondió á este modo de entrar en materia que el primer sistema de paz se ensayó despues de la batalla de Austerlitz, pero en vano y sin provecho; que en aquella época, vencedor Napoleon de los ejércitos austriacos y rusos, recibió al emperador de Austria en su tienda de campaña, y habiéndosele dado palabra de que no se le volvería á hacer guerra, restituyó toda la monarquía austriaca, escepto algunas desmembraciones; que despues de conservar un imperio que podía haber destruido, debía contar con una paz duradera, y sin embargo, apenas entró en lucha con los ingleses en España, se olvidaron todas las promesas, y se acudió otra vez á la guerra y sin acordarse absolutamente de la palabra dada; que con semejante lección no habia ya términos hábiles para ser generosos, y que era preciso gravitase la guerra sobre los que la principiaban con tanta facilidad y tan poco escrúpulo.

Mr. de Metternich replicó alegando los mil motivos de queja que tan facil era encontrar en la ambición de Napoleon. Objetó, y con razon, la destrucción de la casa de España, el espanto causado en todas las córtes por esa empresa atrevida, y en vez de tranquilizarlas, el haber establecido una intimidad profunda con Rusia, intimidación que hacia temer los proyectos mas alarmantes contra la seguridad de todos los estados, en fin, el haberse negado á admitir al Austria en esa intimidad, y hasta á darle á conocer al menos lo que Rusia y Francia preparaban en el mundo. Despues de enumerar largamente estas quejas, en lo cual se invirtió mas de una conferencia oficial, y mas de una conversacion particular, fué preciso venir á parar

en articular una pretension, insistiendo los austriacos en que los franceses debian hablar primero puesto que pedian sacrificios. Aunque Mr. de Champagny conocia la enormidad de lo que iba á enunciar, obedeciendo á su soberano, presentó como base el *uti possidetis*, con arreglo al cual cada uno conserva lo que tiene, sin perjuicio de cambiar ciertas porciones de territorio por otras. Mr. de Metternich contestó que si se hacia seriamente esa proposición, era preciso prepararse á batirse, y batirse con furia, pues lo que se pedia era nueve millones de habitantes, es decir, la tercera parte de la monarquía cuando menos, ó lo que es lo mismo, su destrucción, y que en tal caso no se podía entrar en tratos.

Despues de estas palabras, callaron unos y otros algunos dias, aumentando la frialdad de las negociaciones una precaucion de Napoleon. Por temor de que con motivo de la Galicia y el ensanche del ducado de Varsovia, se le atribuyera lo que no dijese, como por ejemplo, que tenia el proyecto de restablecer la Polonia, á fin de indisponerle con Rusia, quiso se llevase un acta de las conferencias; precaucion que no carecia de utilidad, pero que iba á hacer interminable la negociacion.—No somos negociadores, sino puramente unas máquinas, observó Mr. de Metternich. La paz es imposible, repeta sin cesar, y mostrándose triste, desanimado, confesó á Mr. de Champagny que consideraba aquella negociacion ilusoria, porque se parecia á todas las que Francia habia entablado con Inglaterra, y porque creia que allá en su interior estaba resuelto Napoleon á continuar la guerra.—Mr. de Champagny, que sabia lo con-

trario, respondió que no era así, que Napoleón deseaba la paz con las ventajas que tenía derecho á esperar de los resultados de la guerra. «Entonces, replicó Mr. de Metternich, ¿por qué se principia la negociacion con proposiciones que no son aceptables? ¿á qué vienen esas formalidades interminables que matan toda confianza?»

Era preciso salir de aquel atolladero, y Napoleón, satisfecho del resultado ya visible de la expedicion de Walcheren, no queriendo sacar de él un medio para continuar la guerra, sino al contrario para celebrar una paz ventajosa, autorizó á Mr. de Champagny á que diera un paso preliminar de arreglo. Si Austria, por ejemplo, dejaba entrever consentiría en sacrificios, sacrificios como los en que consintió en Presburgo, los cuales consistian en el abandono de tres millones de súbditos, se respondería á esta concesion con otra, se tomaría un término medio entre nueve millones y tres, es decir, cuatro ó cinco, y ya se vería en seguida el modo de arreglarse sobre los pormenores.

Este paso dado confidencialmente para con Mr. de Metternich, le reveló lo que ya suponía, que se quería separarse de las primeras exigencias, pero se pretendía aun demasiado para que él se explicara en nombre de su córte. La palabra esencial, la de que estaba pronta á hacer nuevos sacrificios de territorio, le costaba tener que pronunciarla, pues hasta entonces habia partido de la base de que daría dinero y no territorio. Sin embargo, Mr. de Metternich se refirió á su córte, que estaba á unas cuantas leguas de Altenburgo, es decir, en Dotis, y entre tanto pidieron los dos diplo-

máticos austriacos nos esplicáramos formalmente sobre lo que queríamos conservar, y lo que queríamos devolver: además pidieron se dejara á un lado esos principios generales de negociacion, tales como el *uti possidetis*, y lo que se llamaba *sacrificios de Presburgo*, que no significaban nada, ó significaban cosas que no podían ser aceptadas.

Napoleón, que deseaba la paz, se decidió, pues, á dar otro paso, y estendió él mismo una nota muy corta en que empezó á hablar con claridad, pidiendo en el Danubio, el Austria Alta hasta la línea de Ens, para agregarla á Baviera, y reservándose indicar mas tarde el sacrificio que creyese debía exigir por la parte de Italia. Era aquella una pérdida de ochocientos mil habitantes, que privaba á Austria de la importante ciudad de Lintz y de las líneas del Traunn y el Ens, llevando la frontera bávara á algunas leguas de Viena. Los diplomáticos austriacos recibieron la nota sin hacer ninguna observacion, tomándola *ad referendum*, es decir, sin perjuicio de comunicarla á su córte. Mr. de Metternich se contentó con decir á Mr. de Champagny en conversacion particular: «parece que vuestro soberano no quiere que el emperador Francisco vuelva á Viena, puesto que coloca á los bávaros á las puertas de esta capital.» Es cierto que concediendo lo que pedía Napoleón, solo quedaba para proteger á Viena la posicion de Saint-Polten, y el emperador Francisco no tenia otro remedio que trasladar su capital á Presburgo ó á Comoro.

Al cabo de dos dias, esto es, el 27 de agosto, respondieron los diplomáticos austriacos por medio de una declaracion que se consignó en el acta verbal de las conferencias, que mientras no supiesen lo que

se exigía por el lado de Italia, les sería imposible explicarse, por lo cual rogaban al negociador francés tuviese á bien declarar por completo los deseos de su gobierno. Obligado entonces Napoleon á manifestar sus pretensiones una tras otra, estendió una nota que de órden suya debia hacer saber en Altenburgo Mr. de Champagny. Quería, dijo, por el lado de Italia, reservarse la Carintia, la Carniola, y partiendo de esta última, la márgen derecha del rio Sava hasta las fronteras de Bosnia. Así, pues, reservábase Napoleon, primeramente la parte opuesta de los Alpes Cárnicos, el valle alto del Drava, Villach y Clagenfurth; y en segundo lugar la parte opuesta de los Alpes Julianos, el valle alto del Sava, Laybach, Trieste y Fiuma, lo cual enlazaba por medio de una provincia estensa y rica la Italia y la Dalmacia, y le llevaba por una contigüidad no interrumpida de territorio hasta las fronteras del imperio turco. Este nuevo sacrificio dejaba sin proteccion á Viena por el lado de Italia, como ya lo estaba por el lado del Austria Alta, puesto que pasaban á poder nuestro las posiciones de Tarvis, Villach y Clagenfurth, y solo quedaba para defender aquella capital las posiciones que de Léoben van á parar á Neustadt, es decir, la estension de los Alpes Nóricos. Como poblacion, era una pérdida de un millon cuatrocientos á un millon quinientos mil habitantes.

Esta segunda nota comunicada á la diplomacia austriaca la encontró tan silenciosa y triste como la primera. Los plenipotenciarios tambien la recibieron *ad referendum*, y Mr. de Metternich, que veía todas las noches á Mr. de Champagny, se limitó á decirle que así se desmembraba la monarquía

pieza por pieza; que se dejaba descubierta la capital por todas partes; que se derribaba en los caminos de Alemania e Italia los puntos de defensa que la protegían, y era evidente no se quería la paz; que á mayor abundamiento nos engañábamos si creíamos destruido el poderio austriaco, que las provincias que le quedaban á la monarquía mostraban un celo extraordinario, y que si continuaba la guerra, lo sería encarnizada por desesperacion: á lo cual contestó Mr. de Champagny que bajo el pie de los sacrificios pedidos en la actualidad, y añadiendo á ellos lo que tentamos intencion de reclamar en Bohemia, y en Galicia, no ascendería á la mitad del *uli possidetis* el total de las pretensiones de Francia. Dijo además que no temíamos la guerra, que Napoleon había invertido los dos meses de tregua en aumentar sus fuerzas en un doble que sin sacar ni un soldado siquiera de los ejércitos de España, tenía trescientos mil combatientes en el Danubio, fuera de cien mil que había en el Escalda, gracias á la expedicion de Walcheren, y que con un mes mas de guerra, quedaría destruida la casa de Austria. A estas declaraciones replicaba Mr. de Metternich con espresiones de dolor, las cuales daban á conocer que su opinion difería poco de la del negociador francés.

El 4.º de setiembre se recibió otra notificacion de los plenipotenciarios austriacos, que tendia á pedir se manifestara la totalidad de las pretensiones francesas. ¿El abandono, decían, del Austria Alta, la Carintia, la Carniola y parte de la Croacia era todo lo que se pretendía? ¿no quería nada Francia en otra parte? Se necesitaba saberlo antes de entrar en esplicaciones.



Napoleon que dirigia toda la negociacion desde Schönbrunn, interpolando este trabajo diplomático con correrías á caballo por los sitios en que estaban acantonadas sus tropas, hizo se respondiera el 4 de setiembre por medio de una nota, que tambien estendió él, en la cual decia que como la ciudad de Dresde, capital de su aliado el rey de Sajonia, se hallaba á una jornada de la frontera de Bohemia, situacion cuyo riesgo habia revelado la última campaña, reclamaba tres círculos de la Bohemia, para alejar otro tanto la frontera austriaca. Era este un nuevo sacrificio de cuatrocientos mil habitantes, sacrificio que naturalmente por proteger á Dresde, dejaba sin proteccion á Praga. En fin, para dar á conocer Napoleon enteramente sus pretensiones, indicaba de un modo general que en Polonia habria que estipular una especie de *uti possidetis* aparte, que, aunque no se espresaba, suponía el abandono de la mitad de la Galicia, es decir dos millones cuatrocientos mil habitantes de cuatro millones ochocientos mil que constituían la poblacion de las dos Galicias. Napoleon no queria entrar en ninguna explicacion sobre este asunto, por temor de que no le comprometieran con Rusia, hablando del restablecimiento de Polonia. El total de los sacrificios exigidos en las diversas provincias de la monarquía ascendia, pues, á cinco millones, en vez de nueve que suponía el *uti possidetis*. Con especialidad en Alemania, en premio de la Austria Alta, algunos círculos en Bohemia, la Carintia y la Carniola, Napoleon devolvía la Stiria, el Austria Baja y Moravia, provincias soberbias, que contenian Viena, Znaim, Brünn y Gratz, y formaban el centro de la

monarquía. Por lo demas, por especiosa y suavemente que estuviera escrita la nota de 4 de setiembre, por mucho cuidado que se pusiera en hacer resaltar la diferencia de las pretensiones actuales con las enunciadas al principio, era cruel tener que recibirla. La legacion austriaca calló tambien, pero Mr. de Metternich siguió deplorando en sus conversaciones particulares el sistema de paz adoptado por Napoleon, paz á la que llamaba mezquina, cruel, de *compra y venta*, cuando podia acudirse á la paz generosa, que hubiera proporcionado un reposo duradero, y una pacificacion definitiva.

Sin embargo, habiéndose explicado del todo los franceses, era preciso que los austriacos lo hiciesen á su vez, ó rompieran con nosotros, pues no era posible hacerse ilusiones acerca de la situacion. Las fuerzas de Napoleon se aumentaban de dia en dia; la expedicion de Walcheren no habia producido mas consecuencia que la de autorizarle á sacar mas tropas (asi lo escribian á sus córtes los diplomáticos alemanes); y por último, Rusia acababa de pronunciarse, enviando á Mr. de Czernicheff con una carta para el emperador Napoleon, y otra para el emperador Francisco. Declaraba en ellas el czar que no queria tener plenipotenciario en Altenburgo, y dejaba á Francia el manejo de la negociacion, con lo cual quedaba Rusia en libertad de aceptar ó negar el resultado, pero tambien quedaba Austria sin apoyo. Aconsejaba al emperador Francisco hiciese sacrificios cuanto antes, y al emperador Napoleon que tuviera moderacion; y solo pedia formalmente á este último no crease una Polonia con el nombre de

gran ducado de Varsovia. Con tal que no cometiese esta infraccion de la alianza, era evidente que Napoleon podía hacer cuanto quisiera, y aun resaltaba del lenguaje ruso se veria con mejores ojos las pretensiones de Napoleon en Alemania y en Italia que las de Galicia. En semejante estado de cosas debian resignarse los austriacos a entrar en tratos.

A la sazón habia sido llamado Mr. de Stadion cerca del emperador para que le aconsejase por última vez, y con él fueron convocados los personajes principales del ejército austriaco, tales como el principe Juan de Liechtenstein, Mr. de Bubna y otros, para manifestar su opinion sobre los recursos que quedaban a la monarquía, y en caso necesario para salir comisionados cerca de Napoleon. Todos esos personajes estuvieron de acuerdo sobre que era preciso hacer las paces; que aunque era posible prolongar la guerra con los recursos que se preparaban, sería demasiado peligroso; que nada debía esperarse ni de la expedición de Walcheren ni de la intervención de Rusia, y que era preciso, pues, resignarse a hacer sacrificios, los cuales serian menores que los que reclamaba Napoleon. Entre esos mismos hombres, rivales unos de Mr. de Metternich, como Mr. de Stadion, y otros inclinados como militares a burlarse de los diplomáticos, juzgándolos lentos, formalistas y pesados, hubo quien creyó que la legación austriaca manejaba mal la negociación; que estaba perdiendo un tiempo precioso: que debía acabar por indisponer é irritar a Napoleon, y que si iba un militar a franquearse con él, pidiéndole por medio de una carta del emperador Francisco

se contentase con sacrificios moderados, probablemente lograría mas que todos los diplomáticos con su marcha pesada y tortuosa. Adoptose este dictamen, y se decidió enviar á Schœnbrunn á Mr. de Bubna, ayudante de campo del emperador Francisco, militar y hombre de talento, para que tratase de mover ciertas cualidades del carácter de Napoleon, como por ejemplo, su benevolencia y buena índole, cualidades que era fácil despertar en él sabiendo conducirse.

Así, por una parte debía la legación de Viena en Altenburgo, contestando á un protocolo con otro, ofrecer Salzburgo, y además algunos sacrificios en Galicia indicados de un modo vago; y por otra Mr. de Bubna debía franquearse con Napoleon, calmarle sobre lo módico de la oferta que le hacían, é inducirle á que prefiriera territorios en Galicia en vez de ser en Alemania ó en Italia, cosa que deseaba mucho Austria, porque no se le habia mostrado muy fiel la Galicia, y hubiera querido arrojar de esta manera una manzana de discordia entre Francia y Rusia. Por último, Mr. de Bubna debía insinuarle que estaba engañado acerca del carácter de Mr. de Stadion, y que con este ministro no solo sería mas pronta y segura la paz, sino que á pesar de lo duro de sus condiciones, la aceptaría con mas facilidad el emperador Francisco.

Mr. de Bubna partió el día 7 de setiembre para el cuartel general de Napoleon, quien habia salido á visitar sus campamentos. A su vuelta recibió á Mr. de Bubna política y amistosamente, como acostumbraba cuando se recurría á sus buenos sentimientos, y habló con tal franqueza que hu-